

La situación de las izquierdas andinas: Bolivia, Ecuador y Perú

The situation of the Andean left: Bolivia, Ecuador and Peru

ROLANDO AMES COBIAN

Catedrático de Ciencia Política de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Recibido: 11/10/08

Aprobado: 27/11/08

RESUMEN

El artículo hace un compendio de la trayectoria política de Bolivia, Ecuador y Perú, en las dos últimas décadas y el cambio en la gravitación y en el contenido de las posiciones y discursos de las izquierdas. Destaca rasgos comunes como el paso de un repliegue o casi desaparición, para ser reemplazadas por descontentos sociales fuertes pero fragmentados, y desde hace 3 o 4 años la llegada al Gobierno o la conversión en primera oposición de candidaturas apoyadas por coaliciones izquierdistas y nacionalistas con gran respaldo electoral. Al lado de la tendencia común de descontento por el contraste entre crecimiento económico con pobreza y desigualdad, se sintetizan los aspectos distintos en cada país, destacando el reto similar de compatibilizar control del Gobierno bajo liderazgos caudillistas con tolerancia de la oposición, en contextos de polarización.

Palabras clave: Política, países andinos, Izquierdas, democracia.

ABSTRACT

This paper summarizes the political career of Bolivia, Ecuador and Peru in the last two decades and the change of the relevance and content of positions and speeches of the leftist parties. Also, it highlights common features, such as their change from a retreat or near-disappearance position to diverse situations such as: their replacement by strong but fragmented uneasiness, their rise as main opposition forces and even their arrival to the government since 3 or 4 years. The paper describes the main aspects of these processes on each country and the common trend of dissatisfaction caused by the contrast between economic growth and poverty and inequality. This trend contributes to pose a common challenge to achieve a better control of the government in a polarized context, signed by caudillist leadership with low tolerance for the opposition.

Key words: Politic, Andean countries, Left, democracy.

El derrumbe final de los socialismos reales como dictaduras corruptas cambió las relaciones de poder y los imaginarios político-culturales en el mundo. En Latinoamérica y los países andinos (PA) pudieron legitimarse entonces, más fácilmente, las concepciones más simplistas del capitalismo. El Estado — y la política— fueron dibujados como entes negativos que debían ser recludos lejos de la economía de mercado, considerada como el ámbito social del progreso, cuya expansión desregulada resolvería todos los atrasos. Estos hechos arrinconaron a casi todas las corrientes de cambio latinoamericano del siglo XX, cuestionadas además por muchos fracasos o resultados insatisfactorios.

En la realidad cotidiana, la pobreza y el desempleo tendieron a disminuir apenas, mientras la desigualdad no lo hacía, pese a las tasas de crecimiento económico, en algunos casos importantes. A pesar de ello las propuestas de transformación social dejaron de aparecer o de tener gravitación por 10 o 15 años, salvo parcialmente en Venezuela. Ellas, desde el sordo y disperso descontento social que creció por debajo de las formaciones políticas ganadoras, fueron gestándose en términos más bien distintos a los anteriores. El ciclo político nuevo que se manifiesta ahora es el de la emergencia a la política institucionalizada, de alternativas radicales de cambio a través de mediaciones políticas variables según los rasgos propios a cada país. No hay espacio para entrar aquí al debate sobre los sentidos que en el mundo actual puede tener el concepto de «izquierdas», pero la descripción del caso de tres países andinos es un modo de aportar al indispensable análisis de conjunto.

He elaborado síntesis muy apretadas de la situación actual en Bolivia, Ecuador y Perú, en este contexto de casi dos décadas. Destacan algunos rasgos significativamente parecidos, que he registrado explícitamente. Las elecciones de 2006 marcan el comienzo manifiesto del ciclo político nuevo. Empiezo por el caso más interesante para el análisis de este tema, el de Bolivia.

BOLIVIA

Con la llegada de Evo Morales y el MAS al poder en diciembre del 2005, se derrumbó un sistema pluri-partidario y una política económica pro-mercado que estuvo vigente desde 1985 y que muchos analistas proyectaban como estable. Este es un primer rasgo transversal a los PA. El crecimiento económico moderniza y crea nuevas relaciones. Los partidos tienden a tener sus bases sociales principalmente en esos sectores modernos y se está produciendo una grave escisión silenciosa entre sectores medios y los dispersos sectores populares. Los factores étnicos y culturales facilitan esta escisión en los Andes. Ese no había parecido ser el caso durante los populismos y el nacionalismo de izquierdas preponderantes en el siglo XX.

En Bolivia se manifiesta entonces con la elección de Morales, un vínculo colectivo fuerte y distinto entre sociedad y política, que se creía imposible en esta época. Los pueblos originarios del país, desde sus identidades étnico-culturales propias y desde sus movimientos sociales activos recientes, convergieron tras la propuesta de cambio radical, que encabeza por primera vez un líder indígena y campesino. Este vínculo nuevo se

ha basado en varios factores como los nexos que se fueron construyendo entre movimientos sociales distintos y también su paulatina presencia en instancias estatales como los municipios, fortalecidos por los aspectos democratizantes del sistema político anterior. Ese sistema amplió la legitimación de las lenguas indígenas quechuas y aymaras. Ellas, como no es el caso en ningún otro país andino, son mayoritarias en Bolivia.

En 2002 Morales, ya candidato presidencial, había obtenido un 17% y se transformó en líder político nacional y parlamentario. En 2005 estaba ya en condiciones de plantear una propuesta de transformación a la vez del modelo económico y de las relaciones entre el Estado criollo y los pueblos originarios. Es decir, expresó clivajes ocultos o ausentes por 25 años del escenario boliviano. No lo hizo sin embargo vía una revolución violenta sino por las elecciones y por la propuesta de una Asamblea para aprobar una nueva Constitución. Estos elementos configuran así el perfil complejo de la izquierda boliviana de hoy que nos servirá para la comparación con los otros casos nacionales.

Las medidas inmediatas del programa transformador fueron la nacionalización de los hidrocarburos, la convocatoria a la Constituyente y los programas de atención preferente a las necesidades urgentes de los sectores populares, en salud, educación y aspectos vinculados, invirtiendo allí, la renta de los nuevos impuestos a los hidrocarburos. Ellos estrecharon la relación entre Morales, el MAS y el pueblo movilizado a su favor. El Presidente subió así su votación primera del 53%, en 2005, al 67% en el referéndum de agosto

de 2008. Hasta sectores dubitativos, no verían en escena por ahora otra persona capaz de gobernar el país.

Al escribir estas líneas ha estallado la división entre el bloque que lo apoya y el otro tercio del país encabezado por los movimientos cívicos, grupos empresariales y las Prefecturas de los departamentos de la llamada «media luna» del oriente del país, menos poblados pero más ricos que los del altiplano y los valles andinos. Está claro que su posición es casi irreconciliable con el proyecto político del Gobierno. En estos días con la mediación de UNASUR y de otros organismos internacionales, ambas partes intentan un acuerdo con el riesgo que se sumen a las orientaciones ideológicas enfrentadas, los bloqueos institucionales y los enfrentamientos directos entre poblaciones de uno y otro lado. Una salida podría darse si ambas partes acuerdan los términos en que la nueva Constitución, aprobada sin el porcentaje legal al terminar la Constituyente, admite que las demandas autonomistas de los departamentos sean garantizadas. Ello implica naturalmente que los opositores acepten a su vez que las autonomías se extiendan a las otras regiones mayoritarias de los pueblos originarios y que finalmente acepten la nueva constitución como un todo.

En efecto esa definición de fondo no parece postergable por mucho tiempo. Si se produce un acuerdo ahora, la convocatoria y realización del referendo sobre la nueva Constitución culminaría, dados los últimos resultados electorales, con su aprobación. Habría de inmediato nuevas elecciones presidenciales y Morales parece tener garantizada

su reelección por 5 años más. ¿Profundizará este proceso la democracia o ella estallará más bien en el intento?

La continuación del conflicto presente solo puede desencadenar en todo caso en más violencia y al final alguna forma de imposición dictatorial y militar de uno de los dos bandos. La suerte del país, el sentido común y una práctica democrática de la política reclaman un entendimiento básico. Ponerse en esta disposición con firmeza exige superar sin embargo la tendencia a la actitud impositiva del conservadurismo tradicional tan fuerte en nuestros países, y la imagen de la revolución como cambio inmediato y total que tanto marcó también a las izquierdas del pasado.

El temor al entrampamiento total y al vacío es por eso muy amplio en la sociedad. Un articulista boliviano, Gonzalo Chávez, lo expresó en un agudo artículo periodístico, del cual extraigo tres fragmentos breves.

«...Los que antes condenaban con vehemencia los bloqueos, son ahora sus apolo-gistas; el medio justifica el fin. Mi bloqueo es (fue) justo, el tuyo es (fue) pagado, se gritan desde las orillas de la intolerancia [...] Vivimos también un bloqueo conceptual. Las reformas de corte neoliberal se han agotado, pero somos incapaces de hacer un análisis sereno de las cosas buenas que hemos hecho en esos años, que pueden ayudarnos en el futuro [...] ¿El referendo de aprobación de la nueva Constitución desbloqueará el país? Este domingo no tengo la menor idea, se me bloquearon las ideas, y lo que es peor, se me bloqueó la esperanza».

ECUADOR

El descontento popular con las condiciones de vida y trabajo fue manifiesto en Ecuador en estas dos décadas, de modo disperso y reactivo, sin expresión político partidaria orgánica. Las manifestaciones de protesta desgastaron a los partidos tradicionales y a grupos de poder económico que incursionaron directamente en la escena electoral. La legitimidad de las políticas del Estado fue puesta así en debate, no solo desde las derechas ultra liberales sino también desde las reacciones sociales de tinte izquierdista. Ellas contribuyeron a la conocida inestabilidad de la política del país —llegó a tener 10 Presidentes ente 1997 y 2007— pero no afectaron el curso básico de las políticas de estabilización económica. Los grupos de protesta se articularon poco entre sí, no produjeron una fuerza política nueva, ni surgió un liderazgo individual desde dentro de ese proceso como en Bolivia. El movimiento indígena que luego de tener momentos de protagonismo público importante, participó como Grupo Pachakutik en el Gobierno del Comandante Lucio Gutiérrez, fue una excepción pero se desgastó allí rápidamente.

Rafael Correa era un académico de Guayaquil políticamente desconocido en el 2005, cuando fue nombrado Ministro de Economía y se enfrentó a los organismos multilaterales. En 2007 era ya elegido Presidente, en segunda vuelta, derrotando al banquero Álvaro Noboa con alrededor del 60% de votos. Él es el caso del político que convoca a los movimientos sociales, a los grupos descontentos y a un sentimiento colectivo harto de la irrelevancia y la corrupción de la política existente desde fuera de ellos. Convoca desde el rol decisivo de can-

didato a la presidencia que por distinguirse y denunciar a todos los demás se abre de pronto una posibilidad de victoria. Eso revela que ese descontento social no es tan epidérmico o generable por la simple manipulación de agitadores, o de propaganda mediática. El que en todos los países andinos los sistemas de partidos se hayan desplomado como conjunto, en una década, es un dato duro de la política andina. Como lo es que esta fragilidad tienda a favorecer, aunque no siempre, a candidatos *outsiders* que reclaman cambios del modelo económico rígido que se instaló en los noventa.

Por eso, al ganar, Correa planteó un esquema de políticas parecido al de Morales y Chávez, aunque con un manejo más pragmático y específico de cada situación crítica. Entre ellas estuvo la convocatoria a una Asamblea Constituyente cuyo texto debe ser aprobado en estos días gracias a la popularidad del líder. Correa gobierna prácticamente sin oposición, pues sus candidatos ganaron la Asamblea con cerca del 80%. La Constitución implica por supuesto nueva reelección y prolongación de un mandato presidencial que la gente ve como indispensable para que el cambio prometido se materialice.

Correa concentra un gran poder personal y no está orgánicamente sujeto a su heterogéneo frente electoral «Acuerdo País», como lo está Morales al MAS. Ese frente es además un agregado de grupos pequeños, nacionalistas e izquierdistas pero también de sectores y personas separados de todas las otras fuerzas del anterior espectro de partidos. El árbitro supremo es el Presidente, porque sin él nada serían sus socios. Correa parece conducir a gusto su gobierno en estos términos.

Entre gentes de tendencia izquierdista y democrática en Ecuador, parece verse como única opción positiva la continuidad de este Gobierno y señalan que su principal valor estriba en su orientación estratégica a la inclusión social y la equidad. El texto de la Constitución aprobada tiene normas democráticas muy avanzadas en distintos rubros, pero si uno insiste con la pregunta por la coherencia democrática del Gobierno a mediano plazo o por los riesgos del caudillismo y la centralización del poder, varios no ocultan su preocupación. El comentario por el momento resignado tiende a ser sin embargo que toda modificación para ser efectiva debe ser conseguida hoy desde dentro del proceso que Correa conduce.

PERÚ

Perú no tiene un gobierno de izquierda. El derrumbe del Muro de Berlín coincidió aquí con la división y desaparición de Izquierda Unida que fue un intento forzado pero serio de construcción de una izquierda masiva, socialista y democrática. Ello fue simultáneo con el desprestigiado final en crisis del primer gobierno de Alan García, que había ensayado un camino de centro-izquierda muy agresivo al comienzo. Si añadimos la imagen de terror y rechazo que dejaron 12 años de terrorismo de Sendero Luminoso, tenemos los tres graves antecedentes negativos que los izquierdistas peruanos no logran superar hasta hoy.

Sobre ese vacío se instaló el Gobierno de Fujimori, que legitimó en las mayorías no solo una brutal desregulación de la economía, sino la idea que su éxito en superar la inflación y el terrorismo tenían que ver con que él era un gerente y no un político. Y la im-

presión más penetrante aún, que en política la victoria del más fuerte, todo lo justifica.

Durante la reacción democrática y ética a su caída en 2000, como bajo el Gobierno desordenadamente centrista de Alejandro Toledo, que confiaba en la política «del chorreo» de la riqueza hacia los pobres, las izquierdas no lograron reaparecer. Sin embargo, como en los países vecinos, se hicieron sentir crecientes signos de descontento social, también dispersos, ubicados principalmente fuera de los espacios donde la modernización económica capitalista es más importante y exitosa.

En las elecciones de 2006 surgió también aquí el candidato imprevisto que permitió transformar en votos esos descontentos sordos con la pobreza, el desempleo y la desigualdad. Ollanta Humala tiene antecedentes políticos algo parecidos a Chávez; militar retirado protagonizó una sublevación y su discurso es más nacionalista que socialista. Su forma de relación con los sectores que lo apoyan se hizo también solo a través de la campaña electoral, donde, como Correa en Ecuador, se distinguió por completo del resto de partidos, por sus planteamientos pero también en este caso por una imagen de proximidad étnica y cultural con las mayorías pobres y discriminadas.

Como era un desconocido, los grandes medios masivos intervinieron mucho en construir su imagen pública. Lo consideraron una amenaza casi irracional al progreso económico en curso. Y varios terminaron atacándolo no solo a él, sino a sus votantes por apoyarlo... y por ser como eran. Los antiguos reflejos discriminatorios de estos países mostraron así su aún importante permanencia. Lo más sor-

prendente es que esa campaña de demolición no le impidió subir del 31% en primera vuelta al 47% en la segunda. La escisión no solo en términos de situación material, sino de experiencias cotidianas, circuitos de información, criterios de votación y mundos culturales dentro del país, se revela así como otro parecido de familia entre los países andinos.

El Partido nacionalista peruano que Humala lidera se ha cohesionado y es hoy una fuerza actuante de importancia en ese ámbito. Su discurso actual es más articulado y matizado. La orientación derechista del gobierno de García le deja el espacio para representar aquellos descontentos sociales múltiples, que no se articulan pero que se hacen sentir también en las encuesta de opinión. Humala es el político más popular en las zonas andinas pobres de la sierra centro y sur y relativamente también en el oriente.

En el país como conjunto se mantiene sin embargo como mayoritaria la desconfianza que produjeron sus exabruptos iniciales, cargados de autoritarismo e intolerancia, y los rezagos racistas del grupo familiar que lo lanzó a la vida pública antes de la campaña. Humala dista de ser el líder de una fuerza política de izquierda democrática, pero por otro lado hay que recordar que ésta no existe como tal y que él es hoy el político que las poblaciones pobres encuentran más cercano. Aunque la identificación entre ambas partes no sea vibrante u orgánica, esa coincidencia no es para nada desdeñable.

Los rasgos de la sociedad peruana, la emergencia de nuevos sectores medios, la voluntad de inclusión más compartida en la mo-

derinidad, no determinan que las izquierdas tengan que tener una representación de corte confrontacional y autoritario. Actores de una centro-izquierda distinta, vinculada a los nuevos procesos regionales en desarrollo pugnan por organizarse y tienen teóricamente espacio para hacerlo.

REVISANDO EL CONJUNTO

Al terminar me permito cinco proposiciones como comentario de conjunto a rasgos presentes en estos tres países:

1. De una década de menor presencia pública, a otra en que han llegado en dos casos al Gobierno, las protestas activas y el descontento social amplio con el modelo económico de desregulación ultra liberal, han hecho un camino exitoso. Ellos han sido el motor de fuerzas políticas que por ellas mismas y su líderes, salvo el MAS y Morales, no habrían tenido este resultado.

2. En los 3 países, algo más en Bolivia y Perú, el mapa de la pobreza, tiene una reveladora coincidencia con el de la etnicidad. En un tiempo sin organizaciones políticas y en que lo más concreto para cada persona es afirmarse en su propia experiencia individual, este hecho ha alimentado el carácter reactivo de las fuerzas políticas que expresan a estas masas sociales. Y sin duda su alto componente no solo etnicista sino nacionalista.

3. El talante de estas izquierdas realmente existentes es confrontacional. El gran conductor individual se explica por el carácter presidencialista propio a nuestros regímenes políticos, por el rol de la imagen en la televisión,

porque son las elecciones presidenciales, el único gran momento de efectiva consulta igualitaria a las opiniones de todos. La tendencia a la polarización es por eso más electoral que propiamente política, no es por tanto permanente ni inevitable. Lo que sí es significativamente político, es el respaldo que encuentran las propuestas simbólicas de cambio global, como las Asambleas constituyentes. Los textos aprobados expresan además aspiraciones democráticas nuevas más allá del autoritarismo de los cursos políticos en que están envueltos.

4. El déficit democrático que estas fuerzas políticas muestran tiene mucho que ver con los términos también absolutos en que se pretendió legitimar el orden social del capitalismo mundial en estos países. Si todo intento de regulación del Estado o de equidad social fue calificado de irracional, los que pensaban y sentían distintos fueron condenados a la derrota y al silencio en los temas que tenían que ver con las políticas de equidad y de redistribución. Por eso ellas estuvieron tan ausentes. Estos factores no son los únicos para explicar el autoritarismo de las nuevas izquierdas, ni las justifican, sí ayudan a explicarlas.

5. Por la crisis actual de este modelo económico y cultural global que parece estallar hoy en Wall Street, la necesidad que estos países tienen de combinar crecimiento económico con equidad y redistribución parece más urgente. Políticamente ello requeriría el predominio de derechas e izquierdas democráticas. No es lo que pasa hoy y ese norte parece lejano. Quizás el progreso esté en que desde dentro de nuestros tres países haya signos de que élites de uno y otro signo empiecen a comprender la importancia de avanzar en esa dirección.